

ALBERT SALA Y LA FUGACIDAD URBANA

El paisajismo es un género de una alta consideración comercial, a menudo más que artística. Por eso, los artistas que se mantienen fieles a esta modalidad de considerable proyección, como Albert Sala, merecen un plus de atención cuando, además, nos proponen un lenguaje riguroso y contemporáneo, más allá de la trivialidad.

Las vistas urbanas tienen una larga tradición en la historia de la pintura y de forma reciente, en cuanto a propuesta monográfica, desde el siglo XVIII. Atraviesan con éxito todos los lenguajes del arte contemporáneo, del impresionismo al expresionismo, sin olvidar el hiperrealismo y, por qué no, ciertas manifestaciones no objetuales. Es un lenguaje que nos continúa interpelando, como en el caso de Albert Sala: no se trata de un “vedutismo” convencional, sino de una propuesta que, más allá del tema, nos introduce en una poética de la fugacidad urbana.

Las luces y sombras de la ciudad, del neón a la provocada por los efectos atmosféricos, son recreadas de una forma tan virtuosa como, a la vez, sensible: más allá de la postal, más allá de la fotografía, más allá de la instantánea –pero contando con todo ello–. He aquí unas imágenes, que de Florencia a Barcelona, de Nueva York a Madrid, recrean lo urbano con sus habitantes y, a menudo, la sorpresa de un instante de fugacidad provocado por la luz, la atmósfera o la misma aventura humana inherente a la ciudad.

JAUME FÀBREGA

(Asociación Internacional de Críticos de Arte)

ALBERT SALA Y LA REALIDAD

La obstinada realidad, también en arte, impone sus dimensiones. Puede hacer que una obra abstracta o matérica sea absolutamente realista; o bien que la pintura paisagística habitual, que solemos identificar con el nombre de Escuela Olotina, sea de lo más convencional y antirrealista.

O hace, para quien sabe entenderla, que, aun estando presente, no hipoteque la creatividad. Eso es lo que acontece en la obra de Albert Sala. El suyo es un “realismo tranquilo”, no de manifiesto. Es decir, no se complace en deliberados exhibicionismos de ámbito fotográfico o hiperrealista, pero tampoco se prodiga en manualidades gestuales o caligráficas. Es una obra, pues, que lucha por plasmar la realidad, a menudo desballestada, en un producto equilibrado, construido y en la cual la información de esta realidad –hasta de las vistas urbanas más triviales– adquiere la verdadera categoría de obra de arte.

Porque más allá de lo transcrito, de su patente construcción, equilibrio formal y ponderación cromática, se concibe la chispa, tan difícil de conseguir, de la creatividad. Una creatividad que sólo se puede resolver a través de una lucha feroz con la tela, la realidad y lo que quiere expresar. Albert Sala convierte esta tensión, esta lucha interna y externa de contrarios, –tal y como decíamos– en una realidad pictórica tranquila y en calmada. De esta manera la ciudad, la estación, la plaza, el edificio histórico, dejan de ser datos urbanos o paisagísticos para volverse, simplemente, pintura.

JAUME FÀBREGA
(Asociación Internacional de Críticos de Arte)